

# Eucaristía e Iglesia en el misterio pascual según la teología de F.-X. Durrwell

por José María Cantó S. I.

Facultades de Filosofía y Teología de San Miguel

En 2010 se cumplen cinco años del fallecimiento del P. François-Xavier Durrwell, C.Ss.R.<sup>1</sup> Su teología estuvo toda centrada en el misterio pascual y en la actualidad de la resurrección de Cristo,<sup>2</sup> desde donde se acercó a los grandes temas de la teología.<sup>3</sup> En este trabajo presentaremos su visión de la Eucaristía y la Iglesia a partir de y en relación con el Misterio Pascual.

<sup>1</sup> El P. F.-X. Durrwell nació en Soultz (Aut.-Rhin, Alsacia, Francia) y falleció en Ostwald (Alsacia, Francia) el 15 de octubre de 2005. Perteneció a la congregación de los padres redentoristas. Los datos principales de su vida y su obra se pueden ver en M. BENZERATH – A. SCHMID – J. GUILLET, *La Pâque du Christ. Mystère de salut. Mélanges offerts au P. F.-X. Durrwell pour son 70 anniversaire*, Paris, Cerf, 1982.

<sup>2</sup> F.-X. DURRWELL, *La Résurrection de Jésus mystère de salut. Étude biblique*, Paris, Cerf, 1950 (1ª ed.); revisado y aumentado en 1955 (2ª ed.) y 1963 (3ª ed.). En 1976 publicó la 10ª edición, totalmente refundida, y sobre su traducción española hemos trabajado: *La resurrección de Jesús misterio de salvación*, Barcelona, Herder, 1979.

<sup>3</sup> Otras obras del autor: F.-X. DURRWELL, *Dans le Christ Rédempteur. Notes de vie spirituelle*, Le Puy-Lyon, Mappus, 1960; *Le Mystère pascal source de l'apostolat*, Paris, Ouvrières, 1970. En relación con la Eucaristía: F.-X. DURRWELL, *L'Eucharistie présence du Christ*, Paris, Ouvrières, 1971; *L'Eucharistie sacrement pascal*, Paris, Cerf, 1980 (trad. esp.: *La eucaristía, sacramento pascual*, Salamanca, Sígueme, 1986); entre sus últimas obras: *Aux sources de l'apostolat. L'apôtre et l'eucharistie*, Paris, Médiaspaul, 1999; por último sus estudios de las personas de la Trinidad: F.-X. DURRWELL, *L'Esprit Saint de Dieu*, Paris, Cerf, 1983; *Le Père. Dieu en son mystère*, Paris, Cerf, 1987; *Jésus Fils de Dieu dans l'Esprit Saint*, Paris, Desclée, 1997 (en traducción española: *El Espíritu Santo en la Iglesia*, Salamanca, Sígueme, 1986; *Nuestro Padre. Dios en su misterio*, Salamanca, Sígueme, 1990; *Jesús, hijo de Dios en el Espíritu Santo*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1999). Además de estas obras principales, ha publicado el P. Durrwell numerosos artículos y opúsculos. Se halla una bibliografía completa de libros y artículos aparecidos entre 1939 y 1981 en BENZERATH ET AL., *La Pâque du Christ. Mystère de salut*, 287-293.

El punto de partida será la reflexión del autor sobre la resurrección de Jesús, que seguiremos como esquema de base y guía de nuestra exposición. Así, retomaremos los diversos aspectos que hacen al misterio pascual centro de la redención: como síntesis de la encarnación, muerte y resurrección de Jesús; como acción de la Trinidad, efusión del Espíritu Santo y reconciliación con el Padre; como plenitud escatológica y a la vez presencia parusíaca. Porque el misterio pascual está presente a nosotros y es necesario que entremos en comunión con él si queremos participar de la salvación. Por tanto está en el origen de la Iglesia, cuerpo de Cristo, que nos hace entrar en comunión con la vida divina en especial por la Eucaristía, sacramento de la presencia por excelencia. De aquí podremos ver cómo el autor realiza una aproximación a la misteriosa transformación del pan y vino en cuerpo y sangre del Señor, desde esta perspectiva escatológica y en analogía con la transformación que el mismo Señor realiza en sus fieles, miembros de la Iglesia.

En un próximo trabajo seguiremos el misterio pascual en su crecimiento y en su plenitud. En el proceso de expansión del misterio pascual encontraremos de nuevo a la Iglesia y la Eucaristía, pues los medios principales de dicha expansión son los apóstoles y los sacramentos, en especial la Eucaristía. Para luego poder profundizar algunos aspectos propios de la Eucaristía y la Iglesia en su mutua relación, siempre en el contexto de presencia y acción del Señor resucitado.

### 1. La resurrección de Jesús, misterio de salvación

El aporte más importante realizado por F.-X. Durrwell a la teología de estos años es sin duda la recuperación del lugar central de la resurrección de Jesús en la obra de salvación. Es un tema que para nosotros resulta ya algo habitual, pero que en su momento significó una verdadera revolución frente a la concepción común, habituada a considerar la redención centrada en la muerte de Cristo ofrecida como satisfacción o reparación, y donde la resurrección era sólo un apéndice al gran drama de la salvación que se daba por concluido el Viernes santo.<sup>4</sup> En cambio el P. Durrwell, a partir del estudio de las fuentes bíblicas y patrísticas, arribó a la conclusión de que la resu-

<sup>4</sup> "Dans la préface de la traduction allemande, Emile Kreutz a écrit: «Lors de la parution de ce livre (1950) se passa en plus d'un d'entre nous quelque chose d'analogue à la révolution de Galilée»" (M. BENZERATH, "L'œuvre du Père Durrwell", en BENZERATH ET AL., *La Pâque du Christ. Mystère de salut*, 283).

resurrección no puede ser separada del misterio de la salvación, pues en ella está el sentido mismo de la muerte de Jesús.<sup>5</sup> Y en consecuencia, los demás misterios de Jesús y su misma persona se comprenden desde este misterio central.

Por eso el autor pasa a preguntarse por el elemento principal de la salvación: ¿se encuentra en la encarnación, en la muerte o en la resurrección de Jesús? La respuesta, fruto nuevamente del examen de los textos del Nuevo Testamento, será que la redención es entrada en comunión divina, divinización del hombre que se realiza en Cristo, que comienza por tanto en la encarnación y culmina en la resurrección, pasando por su muerte. "La redención no es otra que la pascua misma de Jesús, el *misterio personal, filial, de Jesús*, aquel de la encarnación, afirmándose en plenitud a través de la muerte".<sup>6</sup> Y esto con la consecuencia más importante, que es la de rescatar la unidad entre el misterio personal y la misión salvífica de Cristo: "En su pascua, Cristo es él mismo el misterio de salvación".<sup>7</sup>

Esta comprensión unitaria se extiende en el pensamiento de Durrwell a toda la realidad de Dios. En la pascua de Cristo se revela el misterio de la Trinidad. "El misterio del Padre, del Hijo y del Espíritu se revela allí donde se integra en el mundo, allí donde se realiza para nosotros: en el Cristo que el Padre engendra para nosotros en el Espíritu, en la pascua de Cristo en que este engendramiento en nuestro favor se afirma en la plenitud".<sup>8</sup> Porque la resurrección de Jesús implica ante todo la plena efusión del Espíritu en Jesús, y por él en el mundo.<sup>9</sup> Pero también se manifiesta el Padre, porque la reconciliación es

<sup>5</sup> "La muerte es aquí salvífica en la medida en que concierne a un hombre, Jesús, a quien Dios resucita" (DURRWELL, *La resurrección de Jesús*, 42).

<sup>6</sup> DURRWELL, "La Pâque du Christ selon l'Écriture", en BENZERATH ET AL., *La Pâque du Christ. Mystère de salut*, 11. En la introducción de este libro nuestro autor hace una síntesis de su pensamiento que nos ha resultado de gran utilidad.

<sup>7</sup> DURRWELL, "La Pâque du Christ selon l'Écriture", 11. Se puede ver también el preámbulo a *La resurrección de Jesús*, donde el P. Durrwell señala esta unidad como característica del método seguido: "La unidad del misterio personal y la misión salvífica de Cristo contribuye a la originalidad del método", 13.

<sup>8</sup> DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 11.

<sup>9</sup> "La resurrección de Jesús es la *total* efusión del Espíritu en el mundo, la circulación en el seno de la creación del río inmenso que del Padre se extiende en el Hijo. En el Cristo glorioso, el Espíritu se hace presente al mundo tal como es en Dios mismo. En la medida en que es cognoscible, es ahí donde es posible descubrirlo" (DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 19-20).

iniciativa suya, y la realiza engendrando al Hijo para la gloria.<sup>10</sup> De modo que el misterio de la salvación es trinitario: Iniciativa del Padre, que lleva a plenitud el Hijo y cuyo agente es el Espíritu Santo.<sup>11</sup>

Pero al ser paternal y filial, la obra de la redención está llena de Espíritu santo [...] Toda la acción de Dios y de Cristo se lleva a cabo según la paternidad del uno y la filiación del otro, y por consiguiente en el Espíritu santo en quien ellos son Padre e Hijo. En Jesucristo, en su vida, su muerte y su resurrección, el misterio del Padre, del Hijo y del Espíritu se interioriza en el mundo, para llevarlo a su eterno cumplimiento, es decir, a su salvación. Porque el mundo es, desde su origen, la obra del Padre que, por medio del Hijo, crea en el Espíritu santo.<sup>12</sup>

Nos encontramos ante una visión capaz de integrar en la redención no sólo la acción, sino el misterio mismo de la Trinidad, manifestada desde la creación hasta la consumación final. En particular se rescata la obra del Espíritu como Espíritu de filiación, que cumple ese papel tanto en el interior del misterio trinitario como en la redención.<sup>13</sup>

Retomando las distintas fórmulas con que la fe de la Iglesia ha intentado expresar la riqueza del misterio pascual, el P. Durrwell

<sup>10</sup> “Por ser el Padre esencial, la función de Dios en la redención, lo mismo que en todas sus obras en el mundo, consiste en engendrar al Hijo. El misterio de la salvación coincide así con el de la encarnación, en el que se prolonga, pero superándolo, la venida de Dios en el mundo esbozada en la antigua alianza” (DURRWELL, *Nuestro Padre*, 56).

<sup>11</sup> Como afirma el autor, la teología del Espíritu Santo debe elaborarse a la luz de la pascua de Cristo. Porque todas las manifestaciones del Espíritu se integran en el misterio del Hijo, resucitado por el Padre en la plenitud del Espíritu Santo. Por eso en la teología occidental, el eclipse de la teología del Espíritu Santo corresponde a la exclusión de la resurrección del centro de la redención. “Por este motivo la teología había perdido su unidad, ya que el Espíritu no asegura solamente la comunión de los fieles, sino también la coherencia de la revelación; la resurrección en el poder del Espíritu es la clave de bóveda de la teología” (DURRWELL, *Nuestro Padre*, 57, n. 15).

<sup>12</sup> DURRWELL, *Nuestro Padre*, 57.

<sup>13</sup> “En la obra de la redención el Espíritu interpreta el cometido que le es propio en el misterio trinitario: es el Espíritu de filiación, en quien el Padre engendra. Su acción a través de la historia sagrada y en la muerte de Cristo está al servicio del Padre que engendra y al servicio de Cristo, para que se realice en él la filiación divina y para que a partir de él se propague” (DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 60).

descubre aquí su carácter escatológico y a la vez parusíaco.<sup>14</sup> El grito pascual que proclama: “Dios lo resucitó, Dios lo exaltó” refleja dos acciones distintas, pero comunes, por las que Dios lleva a su Hijo a la plenitud, al *ésjaton* o realidad final del mundo. Y de ahí el título de “Señor” con el cual se lo invoca desde la resurrección porque está lleno de poder y es ahora juez del universo. Pero por otra parte la realidad escatológica incluye la parusía, es decir la presencia de este Señor resucitado en el mundo.<sup>15</sup> Incluso podemos hablar de un único misterio, constituido por la muerte, la resurrección y la parusía.

Es necesario, por tanto, no descuidar el papel esencial que cumple la dimensión parusíaca en la salvación.<sup>16</sup> “La parusía es, pues, misterio de salvación. No entra en competencia ni con la muerte ni con la resurrección, y tampoco les sirve de complemento: es la salvación de la muerte y resurrección en su impacto sobre el mundo”.<sup>17</sup> Es el mismo misterio pascual, visto bajo su aspecto salvífico, como redención que se comunica a los hombres.<sup>18</sup> Pues la salvación es para los hombres y es necesario entrar en comunión con Cristo y su misterio pascual para participar de este misterio. He aquí el origen de la Iglesia y de todo lo que constituye la vida cristiana, he aquí el origen de los sacramentos, en especial del sacramento de la comunión por excelencia, la Eucaristía.

<sup>14</sup> “Le mystère pascal est le sommet dernier de l’histoire du salut, [...] il constitue le *mystère eschatologique*, [...] toutes les réalités dernières sont concentrées en lui. [...] Eschatologie ne signifie pas seulement plénitude, sommet de l’histoire du salut, mais aussi *parousie*. Dieu ressuscite le Christ pour nous, le ressuscite vers les hommes, en le leur envoyant. La résurrection est paradoxalement à la fois exaltation auprès de Dieu et envoi dans le monde” (DURRWELL, “La Pâque du Christ selon l’Écriture”, 12).

<sup>15</sup> “Exaltado a los cielos, Cristo no ha sido arrancado del mundo, sino instalado en el corazón y centro del mundo para ser su salvador. La resurrección es escatológica [...] porque hace de Cristo el Señor-para-nosotros, el Señor-que-viene. La presencia en el mundo es una dimensión de la resurrección” (DURRWELL, *La resurrección de Jesús*, 104).

<sup>16</sup> Cfr. DURRWELL, “Mystère pascal et Parousie. L’importance sotériologique de la présence du Christ”, *Nouvelle Revue Théologique* 95 (1973) 253-278. Aquí nuestro autor rescata, siempre a partir del estudio de los textos de la Escritura, esta dimensión de la resurrección que no es muy tenida en cuenta.

<sup>17</sup> DURRWELL, *La resurrección de Jesús*, 109.

<sup>18</sup> “La parousie est le mystère pascal lui-même sous son aspect salvifique universel, le Christ en sa pâque donnant aux hommes [...] La rédemption [...] est dans le mystère personnel du Christ, Fils de Dieu, se réalisant en plénitude dans la mort et la résurrection et se communiquant aux hommes” (DURRWELL, “Mystère pascal et Parousie”, 277).

La salvación, siendo personal de Cristo, no llega a ser la de los hombres, sino *por comunión con Cristo en su misterio pascual* [...] La salvación no es una cosa que se distribuye, sino alguien, Cristo en su misterio pascual, con quien es necesario ponerse en relación [...] Los hombres entran en participación con el mismo misterio redentor: Nuestra «vocación» cristiana es la de ser «llamados a la comunión con su Hijo» (1Co 1, 9). La Iglesia, el apostolado, los sacramentos, la fe, todo lo que recibe el nombre de «medios de salvación», es medio de comunión pascual. La eucaristía es el sacramento típico: Ella demuestra que la redención realizada en Cristo llega a ser nuestra por comunión con Cristo en su pascua.<sup>19</sup>

Nos detendremos a profundizar cómo a partir del misterio pascual tienen su origen tanto la Iglesia como la Eucaristía, señalando en ambos casos las relaciones mutuas. Pues la Iglesia, en cuanto cuerpo del Cristo resucitado, se refleja continuamente en el sacramento del Cuerpo de Cristo y la Eucaristía se comprende sobre todo en el contexto de la Iglesia, de su fe y de su vida.

## 2. El misterio pascual, en el origen de la Iglesia

Así como la resurrección es principio para Cristo, también lo es para la Iglesia, que es su cuerpo:<sup>20</sup> “El comienzo permanente de la iglesia está localizado y tiene una fecha determinada: en la persona de Cristo, a la hora de su pascua en que brota el Espíritu”.<sup>21</sup> La Iglesia es el mismo cuerpo de Cristo, que resucita junto con él, pues Dios, al resucitar a Jesús lo hace comunidad de salvación, cuerpo místico.<sup>22</sup> Jesús recibe en su pascua un nuevo nacimiento y así, al ser engendrado por el Padre en el Espíritu Santo, él mismo es ahora “espíritu vivificante”, que vivifica y reúne a los hombres recibéndolos en él.

Es necesario que la salvación de Jesús llegue a todos los hombres, y para esto tienen que hacerse un cuerpo con Él, en el misterio filial de su muerte y su gloria. Porque en su misma resurrección

<sup>19</sup> DURRWELL, “La Pâque du Christ selon l'Écriture”, 11-12.

<sup>20</sup> “El cuerpo de Cristo se encuentra, pues, dondequiera que la Iglesia trate de hallar su definición. En él nace, vive, con él se identifica; ella misma es eso: el cuerpo de Cristo” (DURRWELL, *La resurrección de Jesús*, 149).

<sup>21</sup> DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 83.

<sup>22</sup> “La Iglesia nace de la muerte de Cristo en la medida en que, en esta muerte, Cristo resucita ya comunitario. La Iglesia brota en Jesús que, en el misterio pascual, se transforma en comunidad” (DURRWELL, *La resurrección de Jesús*, 295 [nota 39 al cap. quinto]).

el Hijo es exaltado y es enviado a los hombres, para hacerlos parte de su cuerpo, de su Iglesia.<sup>23</sup> Y aquí podemos ver, como lo hicimos en la consideración del misterio pascual, la presencia y acción de las personas de la Trinidad. Porque la Iglesia nace del Padre que resucita a Jesús, en los hombres llamados a comulgar con el Hijo, por el vínculo de amor y de gracia que es el Espíritu Santo.<sup>24</sup>

Como la resurrección de Jesús es obra del Padre, así también lo es el nacimiento de la Iglesia: Dios es también Padre de la Iglesia a la cual da vida.<sup>25</sup> Y no se trata de una acción distinta a aquella por la cual lo resucita. El misterio pascual incluye, junto con la resurrección del Hijo, la resurrección de los fieles, el nacimiento y santificación de la Iglesia en una única actuación del Padre.

Así pues, Dios no reitera su acción paternal, resucitadora, cuando funda a la Iglesia; no la repite en cada uno de los fieles cuando los vivifica por el bautismo; no la reedita por última vez en la resurrección de los muertos. Es el Padre del Único y no engendra más que a él, no resucita más que a él. El misterio pascual que es el misterio filial de Jesús es también «la resurrección de los muertos» (Rom 1,4), en la que nace y se santifica la Iglesia: «*En él*, por el bautismo, habéis resucitado *juntamente con él*» (Col 2,12) [...] Las dos fórmulas «en Cristo» y «con él» son complementarias, en Cristo los fieles son resucitados con él por la acción única que engendra a Cristo.<sup>26</sup>

Por otra parte, como decíamos antes, la resurrección del Hijo no significa su partida, sino su presencia plena, que trae al encuentro de los hombres la salvación final. La Iglesia nace entonces en esta

<sup>23</sup> “La resurrección de los muertos, el juicio final, el reino de los cielos celebran en él su llegada al mundo. En esta plenitud, el Resucitado es enviado al encuentro de los hombres, para que haga de ellos su cuerpo que es la Iglesia” (DURRWELL, *Nuestro Padre*, 76).

<sup>24</sup> “La acción del Padre en su Hijo tiene por nombre Espíritu santo. El Padre actúa por medio de él y por medio de él es como funda la Iglesia: el Espíritu santo es la gracia que llama y que reúne” (DURRWELL, *Nuestro Padre*, 80).

<sup>25</sup> “La resurrección de Jesús es obra paternal, plenitud del engendramiento del Hijo en el mundo. Así es como la Iglesia está «en Dios Padre y en el Señor Jesucristo»; nace del Padre en el engendramiento del Hijo en este mundo. Dios le da vida a la Iglesia por su única paternidad; es el Padre de Cristo al que engendra hasta en su cuerpo de Hombre en la resurrección; es también el padre de la Iglesia que es el cuerpo de Cristo en su resurrección” (DURRWELL, *Nuestro Padre*, 77).

<sup>26</sup> DURRWELL, *Nuestro Padre*, 77.

venida del Señor, que significa para ella su comienzo y su fin. “Su camino conduce desde el encuentro inicial con el Cristo pascual hasta el encuentro pleno con él”.<sup>27</sup> El Hijo convoca a los hombres a una asamblea, y ésta es la Iglesia —como nos lo recuerda la etimología de la palabra—. Se trata de una llamada a vivir en comunión, y la comunidad cristiana la recibe desde el futuro, como fuerza de atracción a una comunión todavía mayor que culminará en el día del Hijo. “La Iglesia ha sido creada por la llamada hacia su porvenir, el nacimiento eterno de Cristo, del que vive ya ahora”.<sup>28</sup> Pues Cristo ha sido exaltado al tiempo que es enviado a los hombres. Así se encuentra al inicio y al fin de la Iglesia, a la que atrae a la plena comunión, invitándola a participar en su muerte, en la cual Él ya es glorificado (cf. Jn 12,32); para que llegando a su encuentro, la resucite junto con Él.<sup>29</sup>

Finalmente es en el Espíritu Santo y por su intermedio que la Iglesia nace del misterio pascual. “La acción del Padre en su Hijo tiene por nombre Espíritu santo. El Padre actúa por medio de él y por medio de él es como funda la Iglesia: el Espíritu santo es la gracia que llama y que reúne”.<sup>30</sup> Por eso la Iglesia, cuerpo de Cristo nace en una experiencia de filiación que el Espíritu hace posible en aquellos que son hechos hijos en el Hijo;<sup>31</sup> y por otra parte recibe del mismo Espíritu la fuerza de incorporación en la comunión con el Hijo, pues el Espíritu filial es Espíritu de encarnación.<sup>32</sup>

<sup>27</sup> “Desde la comunión primera en la que resucita ya, sube hasta la comunión total en la que acabará de nacer con él de su Padre. [...] La Iglesia va de este modo desde la resurrección de Jesús hasta esta resurrección, desde una participación primera en la filiación del Único hasta una participación total, en la que «seremos semejantes a él» (1 Jn 3,2)” (DURRWELL, *Nuestro Padre*, 78).

<sup>28</sup> DURRWELL, *Nuestro Padre*, 79.

<sup>29</sup> “La Iglesia es la obra del Padre que resucita al Hijo y lo envía al encuentro de los hombres. No lo devuelve a la tierra, sino que hace que ellos salgan a su encuentro apelando a él —«habéis sido llamados a la comunión de su Hijo» (1 Cor 1,9)— y, en ese encuentro, los resucita con él” (DURRWELL, *Nuestro Padre*, 79-80).

<sup>30</sup> DURRWELL, *Nuestro Padre*, 80.

<sup>31</sup> “La Iglesia se constituye en el Espíritu que es engendramiento divino; nace como cuerpo de Cristo en el Espíritu santo. A los que nacen de esta manera del Padre en su Cristo, el Espíritu les da también la posibilidad de vivir filialmente” (DURRWELL, *Nuestro Padre*, 81).

<sup>32</sup> “El Espíritu filial es un Espíritu de encarnación: *da cuerpo al Hijo en el mundo*, integrando al mundo en el Hijo. Actúa según su dinámica habitual, como una fuerza centrífuga que conduce al Hijo a lo más profundo de la existencia humana y como una fuerza de atracción que llama a los hombres a la más íntima «comunión con el Hijo» (cf. 1 Cor 1, 9)” (DURRWELL, *El Espíritu Santo*, 84-85).

Al referimos a la fuerza de incorporación nos encontramos en el ámbito de la Iglesia con todo el mundo sacramental y su cima, la Eucaristía. Y más allá, fuera de este ámbito la atracción no cesa, pues todo hombre está llamado a llegar a ser cuerpo de Cristo. “La creación entera está destinada a llegar un día a «la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rom 8,21). Este destino le corresponde por el hecho mismo de su creación pues Dios crea el mundo en y para Cristo (Col 1,16), en la fuerza del Espíritu”.<sup>33</sup>

La incorporación a Cristo es bien real, porque el cuerpo de Cristo resucitado preexiste a la comunidad. Pero a su vez la Iglesia posee en la Eucaristía el sacramento donde se manifiesta el realismo de esta comunión.<sup>34</sup> Y por otra parte el Espíritu que hace presente a Cristo en los fieles, integrándolos en Él, es el mismo que del pan hace el cuerpo de Cristo. Por eso la Eucaristía es signo anticipado de la transformación total y definitiva de todos los hombres asumidos en el cuerpo de Cristo.<sup>35</sup> Como todo esto se realiza por la potencia del Espíritu, que es fuerza de amor, por eso la Eucaristía, sacramento del amor, es la que mejor lo manifiesta.<sup>36</sup>

La Iglesia que nace del Espíritu tiene características particulares que se reflejan de modo especial en la Eucaristía. Ante todo podemos señalar su carácter a la vez misterioso y visible: “La iglesia es un misterio, está reunida «en Dios y en el Señor» (1 Tes 1,1); pero vive en este mundo y presenta en él la apariencia de una sociedad

<sup>33</sup> DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 85.

<sup>34</sup> “La iglesia posee un sacramento en que se manifiesta su misterio y el realismo de la comunión en el cuerpo de Cristo: «Como hay un solo pan, aun siendo muchos formamos un solo cuerpo, pues todos y cada uno participamos de ese único pan» (1 Cor 10, 17)” (DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 85).

<sup>35</sup> “Toda la actividad del Espíritu en la iglesia se concentra en el Hijo, en su presencia en el mundo; le hace tomar cuerpo en los fieles, integrándoles en él. Cuando esta acción se ejerza plenamente sobre ellos, en el último día, los asumirá por completo en Cristo, un poco como ella se sirve del pan para hacer el cuerpo mismo de Cristo, en la celebración de la eucaristía que es el anuncio de la resurrección de los muertos” (DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 85).

<sup>36</sup> “En esta obra, Cristo no es pasivo, simple adaraja sobre la que el Espíritu construiría la iglesia. Dispone de la fuerza del Espíritu (Tit 3, 6) y, con ella, incorpora a los hombres a su cuerpo. ¿Cómo lo hace? La fuerza es amor: dándose a los hombres, los une a él. La eucaristía es su manifestación y en ella él se incorpora la asamblea alimentándola con su cuerpo” (DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 87).

visible y organizada”.<sup>37</sup> Pues bien, la unidad de estos aspectos nos recuerda la Eucaristía que “está constituida por dos cosas, una terrena y otra celestial”.<sup>38</sup> Porque la Eucaristía es signo de la nueva alianza, que es también la Iglesia, y ambas constituyen una realidad ambivalente.

Según la opinión del Apóstol, la iglesia es la nueva alianza (Gal 4, 24.26), la que anunciaba Jeremías (31, 31) en que el corazón del hombre está lleno de Espíritu santo (Ez 36, 27). Encuentra su expresión en la celebración eucarística de la que se dice: «Esta copa es la nueva alianza en mi sangre» (Lc 22, 20; 1 Cor 11, 25). Ahora bien, el pan y el vino, la asamblea, la comida eucarística son realidades ambivalentes, terrenas y escatológicas. La asamblea se reúne en tal lugar del mundo, en tal momento del tiempo solar; pero también en un espacio místico, Cristo, y en un tiempo místico, la hora pascual. Cristo preside sin ser visto y todos los fieles celebran con él el misterio pascual; sin embargo un hombre de esta tierra, el sacerdote, ejerce una presidencia visible, un ministerio central, y todos celebran con él en su celebración. La comunidad eucarística está, por tanto, estructurada. Ahora bien, la eucaristía es toda ella obra del Espíritu y de Cristo. La iglesia en su visibilidad y en su misterio, de los que la asamblea eucarística es imagen y realización, está sometida toda ella al poder del Espíritu y de Cristo.<sup>39</sup>

La presencia del Espíritu y de Cristo en esta realidad eclesial multiforme es lo que determina además la finalidad de la Iglesia, que como ya veíamos, es conducir a la comunión. Por eso la institución debe estar al servicio de la comunión, siempre según el modelo que encuentra en la misma Eucaristía, que ha de inspirar incluso la misma legislación canónica.<sup>40</sup> Y así como el Espíritu de comunión tiende a personalizar, también le imprime a la institución eclesial una marca personalista. De modo que la comunión sirva a la vez como medida

<sup>37</sup> DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 88.

<sup>38</sup> SAN IRENEO, *Adv. Haer.* IV,18,5 (SC 100, 613). Citado por el autor, DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 88.

<sup>39</sup> DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 88-89.

<sup>40</sup> “Basada en el Espíritu que es comunión, la institución eclesial está al servicio de la comunión. La eucaristía, que es su símbolo constitutivo, testifica que la comunión es la exigencia fundamental, pues «el pan que partimos, significa solidaridad con el cuerpo del Mesías» (cf. 1 Cor 10, 16), es decir, comunión en este cuerpo y comunión de todos en este cuerpo. El modelo eucarístico es orientador; debe inspirar la legislación canónica” (DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 89).

de fidelidad a dicho Espíritu: “La institución eclesial es fiel al Espíritu que la crea, en la medida en que por ella se realiza la comunión de las personas, en que los ministerios son creadores de comunidad”.<sup>41</sup>

La otra característica eclesial que podemos señalar es la unidad, que es múltiple y diversa. Aquí también descubrimos la acción del Espíritu que une diversificando sin anular la alteridad. “Obra en cuanto amor, creando seres en relación, en que la comunión de las personas no suprime sino que acentúa la identidad de cada uno, en la reciprocidad de las relaciones”.<sup>42</sup> Por eso su acción unificadora corresponde al cometido que ejerce en el misterio eterno de la Trinidad, donde el Padre y el Hijo son uno en el mismo Espíritu en el cual están diversificados. De modo que la uniformidad ahoga el Espíritu, pero la diversidad es signo del Espíritu sólo cuando se integra en la unidad.<sup>43</sup>

Por cierto, es nuevamente aquí la Eucaristía el sacramento que significa y realiza la unidad de la Iglesia. Pues la comunión del cuerpo y la sangre de Cristo indican no sólo la participación de los fieles en dicha comunión, sino su propia realidad de comunión.<sup>44</sup> “Los fieles constituyen un cuerpo porque todos ellos comen de ese único pan, el cuerpo de Cristo”.<sup>45</sup> Por eso la Eucaristía es el sacramento que funda continuamente la Iglesia y es en ella que el Apóstol se inspiró, sin duda, para desarrollar su eclesiología del “cuerpo de Cristo”. Desde esta perspectiva en que confluyen la Iglesia y la Eucaristía en el misterio de la comunión y la unidad, podemos pasar ahora a profundizar de qué modo se hace presente el misterio pascual en la Eucaristía.

<sup>41</sup> DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 90.

<sup>42</sup> DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 90.

<sup>43</sup> “Por eso se puede pensar que una iglesia que tendiera a la uniformidad correría peligro o de atrofía o de fragmentación, pues ahogaría al Espíritu que produce la unidad en la diversidad. Esta última, sin embargo, no es signo de la presencia del Espíritu más que cuando se produce en la integración a la unidad” (DURRWELL, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, 91).

<sup>44</sup> “La Iglesia posee un rito en el que se realiza y manifiesta dicha unión, la eucaristía: «El cáliz que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo?» (1 Cor 10, 16). «Comunión del cuerpo y la sangre», fórmula riquísima de sentido que denota a la vez participación en el cuerpo y la sangre de Cristo y, sobreentendiéndolo, comunidad de fieles en el cuerpo y la sangre” (DURRWELL, *La resurrección de Jesús*, 146).

<sup>45</sup> DURRWELL, *La resurrección de Jesús*, 146.

### 3. El misterio pascual presente en la Eucaristía

Retomamos el centro de nuestra reflexión, el misterio pascual, por medio del cual Jesús se ha convertido en su persona en el acontecimiento mismo de salvación; acontecimiento eterno y por eso escatológico, plenitud suprema y última. La consecuencia principal es la siguiente: la muerte y resurrección de Cristo sólo serán salvíficas para los hombres si el Señor viene a ellos para que comulguen con él. “La eucaristía es el sacramento de Cristo que, en su pascua, se hace presente a la iglesia, se ofrece a ella, en esa muerte en la que es glorificado. *La eucaristía es esa presencia en ese acontecimiento y la comunión con Cristo en ese acontecimiento*”.<sup>46</sup> Los medios de salvación son pues medios de comunión y por eso de la misma fuente, que es la pascua del Señor, brotan tanto la Eucaristía como la Iglesia.<sup>47</sup>

Lo mismo que el agua bautismal brota del costado traspasado, lo mismo que la absolución de los pecados está inscrita en el misterio del Cordero pascual y se da en la comunión con este Cordero, también la eucaristía fue instituida en Cristo en su muerte y resurrección que, mediante ese símbolo, brota en el hoy de la iglesia. Jesús tuvo que morir para que fueran consagrados los apóstoles (Jn 17, 19), para que la iglesia se funde sin cesar en el mundo y sean consagrados el pan y el vino hasta el final de los tiempos. La iglesia, los apóstoles, los sacramentos, tienen su institución, siempre actual, en el misterio pascual [...] El sacramento no es una realidad cuya consistencia venga de sí misma; la eucaristía es por referencia; es la visibilidad de aquel que, en su pascua, es la salvación escatológica, una apariencia cuya realidad es el Cristo pascual. Tiene su institución en la pascua de Cristo.<sup>48</sup>

Por eso la comprensión de la Eucaristía, su clave de interpretación, la realiza nuestro autor en dos registros. El primero es el punto de partida, a partir del misterio que se encuentra en el interior de este sacramento y por tanto del Cristo pascual, escatológico y parusíaco.<sup>49</sup> El

<sup>46</sup> DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 40.

<sup>47</sup> “El misterio pascual produce la eucaristía, hace de ella el cuerpo de Cristo, se expresa en ella; el mismo misterio suscita creyentes, hace de ellos esa iglesia que es el cuerpo de Cristo, se expresa en ellos” (DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 31).

<sup>48</sup> DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 76.

<sup>49</sup> “La eucaristía, ese libro que hay que descifrar, hay que leerla [...] a partir del Cristo pascual, que es el misterio escatológico. La teología de la eucaristía es una teleología, un discurso a partir del fin” (DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 29).

segundo es el contexto eclesial al cual se debe hacer continua referencia. Porque la Eucaristía es celebrada y comprendida en la fe de la Iglesia y la Iglesia nutre su fe en la realidad eucarística que celebra.<sup>50</sup> “La eucaristía es la riqueza de la Iglesia, «nuestro bien común», como la llama san Agustín [...] Su misterio se realiza por entero y se expresa en la celebración eucarística”.<sup>51</sup> A continuación, siguiendo ambas coordenadas profundizaremos su comprensión.

#### 3.1. La Eucaristía, sacramento de la presencia

La Eucaristía es presencia del Cristo pascual. Y por tanto es desde esta presencia que se debe comenzar a considerarla. “El principio de inteligibilidad del misterio eucarístico se encuentra en lo que lo constituye: el Cristo pascual que viene a su Iglesia terrestre”.<sup>52</sup> Con lo cual nuestro autor retoma la importancia de la parusía del Señor resucitado, que es su presencia salvífica en la Iglesia, para la Iglesia y el mundo; presencia mediada en esta realidad mundana por los sacramentos y entre ellos la Eucaristía, sacramento de la venida del Señor en nuestra realidad.<sup>53</sup> Así la Eucaristía se puede considerar una verdadera síntesis del misterio de la salvación: contiene y realiza nuestra redención en la medida en que es sacramento de la parusía de Cristo.<sup>54</sup>

<sup>50</sup> “El misterio eucarístico se despliega en la iglesia como vida de fe y como profesión de fe eucarística. Lo que la iglesia sabe de la eucaristía y lo que enseña lo ha aprendido mediante la lectura no sólo de los evangelios sino también de ese libro que es la eucaristía y que ella estudia comiéndola. La doctrina eucarística de la iglesia es parecida a la palabra que proclamaban los profetas después de haber devorado el mensaje que Dios les confiaba (cf. Ez 2, 8-3, 1; Ap 10, 9). Nunca jamás un teólogo dirá nada válido sobre la eucaristía mas que en el interior de la fe y de la predicación de la iglesia, que es el misterio mismo en su proclamación” (DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 32).

<sup>51</sup> DURRWELL, “L'eucaristía, sacramento pascuale”, *Ora et labora* 39 (1984) 15. En este artículo que reproduce parte de una conferencia a las hermanas Benedictinas del Santísimo Sacramento, el P. Durrwell desarrolla este tema de la presencia de la pascua en la Eucaristía, siempre en el contexto eclesial que hemos citado.

<sup>52</sup> DURRWELL, *L'Eucharistie, présence du Christ*, 26. El texto de este opúsculo coincide prácticamente con el artículo “Eucharistie et Parousie”, *Lumen Vitae* 26 (1971) 89-128. Las citas serán tomadas de la primera obra.

<sup>53</sup> “Ce qu'on appelle communément les sacrements, sont tous des moyens de présence du Christ en son action rédemptrice. Parmi eux, l'eucharistie, sacrement par excellence, est aussi le moyen par excellence de la venue du Christ en ce monde” (DURRWELL, *L'Eucharistie, présence du Christ*, 32).

<sup>54</sup> “Car le salut des hommes est tout entier dans la venue du Christ de gloire: «Nous avons tout dans le Christ et le Christ est tout pour nous», disait

Esta presencia del Cristo pascual nos permite comprender mejor la íntima relación entre la Eucaristía como presencia y la Eucaristía como sacrificio. Pues el Cristo de la parusía es el Cristo pascual, eterno en la muerte en que es glorificado, que se hace presente en la actualidad de su sacrificio. Por eso podemos decir que la Eucaristía es un sacrificio, pero esto es así en cuanto es presencia y justamente porque es presencia.<sup>55</sup> Del mismo modo sucede con la Iglesia, que es cuerpo de Cristo y es sacrificio de Cristo que se ofrece en la tierra para siempre. Así concluye nuestro autor: “Toda presencia de Cristo es presencia de su sacrificio”.<sup>56</sup>

Por otra parte, así como afirmamos que la Eucaristía es sacrificio de Cristo por ser su presencia, podemos hacer la afirmación complementaria: “La presencia encuentra a su vez su entera explicación en el carácter pascual de Cristo, es decir en su sacrificio”.<sup>57</sup> Porque la presencia del Señor resucitado incluye esta dimensión de propia y total donación que significó su muerte. Por todo esto el misterio pascual nos aproxima la comprensión de la Eucaristía;<sup>58</sup> y se explica

saint Ambroise. Dans sa mort glorifiante, il est à la fois la plénitude et la venue du salut, un Christ-pour-nous, totalement parousiaque. L'eucharistie contient tout le mystère du salut et le réalise en nous parce qu'elle est le sacrement de la parousie du Christ” (DURRWELL, *L'Eucharistie, présence du Christ*, 76).

<sup>55</sup> “Si le Christ vient en son Église, c'est dans l'instant unique de sa mort glorifiante, dans l'actualité de son sacrifice, qu'il lui devient présent. *L'eucharistie est sacrifice autant que présence et parce que présence.* Ce sacrifice s'exprime en un signe; ce n'est pourtant pas le signe d'abord mais la présence qui fait de la messe le sacrifice du Christ” (DURRWELL, *L'Eucharistie, présence du Christ*, 36-37).

<sup>56</sup> “De même que l'eucharistie, l'Église est à la fois le corps du Christ et son sacrifice toujours offert sur terre jusqu'à la fin; on devient chrétien par communion de mort et de résurrection (Rm 6, 3; Col 2, 11s). L'apôtre en particulier est présence du Christ aux hommes dans le partage de sa mort et de sa gloire (2 Co 4, 10-12; Ga 2, 19s); sa parole est celle du Christ (Rm 10, 14), une émanation de sa présence (2 Co 2, 15-17) et, de ce fait, elle est à la fois crucifiée et chargée de la puissance de l'Esprit qui ressuscite le Christ (1 Co 1, 17s; 2, 4). Toute présence du Christ est présence de son sacrifice” (DURRWELL, *L'Eucharistie, présence du Christ*, 37-38).

<sup>57</sup> DURRWELL, *L'Eucharistie, présence du Christ*, 38.

<sup>58</sup> “La parousie du Christ, sa présence salvifique à l'Église, est un aspect du mystère de mort et de résurrection: celui-ci est plénitude d'incarnation, c'est-à-dire pleine sanctification du Christ en Dieu et total envoi dans le monde, oblation totale à Dieu et oblation universelle aux hommes. La venue du Christ s'accomplit par et dans le sacrifice: elle est donation de soi. L'explication de

el carácter del todo particular de la presencia del Señor en nuestra realidad, a través de estos signos, bajo estas especies.<sup>59</sup>

Completemos este punto considerando la acción de la Trinidad en esta presencia eucarística del misterio pascual y su relación con la Iglesia. Porque siendo la pascua, como hemos visto, fruto de la acción de toda la Trinidad, se sigue que se encontrará también el rastro de su obra en el sacramento del altar.<sup>60</sup> Y esta acción se realiza en la Iglesia que la celebra, al tiempo que haciéndose presente en ella el Señor recrea continuamente la comunidad que es su cuerpo.<sup>61</sup>

El Padre que ha engendrado a Cristo desde la eternidad, lo sigue engendrando al hacer presente el misterio de plenitud que es la pascua en la presencia sacramental. “La transformación eucarística es un efecto eminente de la acción paternal que al mismo tiempo engendra a Cristo en el mundo y hace subsistir al mundo «en Cristo y hacia él» [...] La Eucaristía ha sido instituida en la omnipotencia del Padre que engendra a Cristo en el mundo, creando y salvando al mundo”.<sup>62</sup> A su vez el poder de Cristo resucitado se manifiesta en la Eucaristía como efecto del señorío sobre la creación que Dios le concede al glorificarlo.<sup>63</sup> Y todo esto se lleva a cabo en el poder del

l'eucharistie est ainsi de toute manière dans le mystère pascal” (DURRWELL, *L'Eucharistie, présence du Christ*, 38).

<sup>59</sup> “Sa présence, si réelle qu'elle soit, ne sera jamais qu'une venue: il est visible dans le monde comme n'en étant pas, présent par des réalités terrestres dont il fait les moyens et les signes de sa venue. La présence du Christ et son sacrifice s'intègrent dans ce monde sous d'autres espèces: le mystère pascal explique la sacramentalité de l'Église entière et particulièrement le caractère symbolique de l'eucharistie” (DURRWELL, *L'Eucharistie, présence du Christ*, 39).

<sup>60</sup> “La transformación eucarística es una *operación trinitaria*. El poder que se pone en obra no es una fuerza impersonal que cambia una sustancia en otra cualquiera; la acción consagradoria es única, con la unicidad del misterio pascual en el que el Padre engendra a su Hijo, resucitándolo hasta en la materialidad de este mundo; de ese misterio en que lo engendra en el poder del Espíritu, para dárselo a la iglesia” (DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 80).

<sup>61</sup> “En efecto, lo mismo que en la resurrección Cristo se hace iglesia y su gloria es el nacimiento de la iglesia, también «la eucaristía hace a la iglesia» y su celebración es constitutiva de la iglesia. ¿Podría Cristo celebrar fuera de ella aquello mismo que la constituye? Entre la iglesia y la eucaristía es irrompible la unidad, ya que es la del cuerpo único de Cristo en este mundo” (DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 81).

<sup>62</sup> DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 78.

<sup>63</sup> “La eucaristía es el efecto y el signo esplendoroso del señorío cósmico de Cristo en su resurrección” (DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 78).

Espíritu, que como potencia de Dios es invocado por la Iglesia para que haga presente el cuerpo y la sangre del Señor.<sup>64</sup>

Cuando él se hace presente a la Iglesia en la eucaristía, es por la fuerza del Espíritu que el pan y el vino se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo. Es por el Espíritu Santo que la Iglesia entera se convierte en cuerpo de Cristo (1 Cor 12, 13), sacramento de la presencia en el mundo del Cristo pascual. La parusía se cumple siempre en la fuerza del Espíritu.

La Iglesia derrama pues el agua del bautismo, símbolo del Espíritu (Jn 3, 5), sobre aquellos que deben convertirse en cuerpo de Cristo en el mundo. Por los sacramentos de la confirmación y del orden, ella consagra en el Espíritu Santo a aquellos que serán ministros de Cristo entre los hombres, sus representantes, sus apóstoles. Para que se realice la parusía eucarística, es todavía al Espíritu que la Iglesia invoca, sabiendo que por él son «santificados y transformados» el pan y el vino.<sup>65</sup>

La acción del Espíritu Santo nos conduce, pues, a retomar la relación con la Iglesia, único lugar de presencia visible de la escatología en este mundo. Por eso la Eucaristía sólo puede celebrarse en el interior de la Iglesia: “No hay eucaristía donde no está la Iglesia”.<sup>66</sup> Y los que la presiden son ministros del sacramento en cuanto ministros de la Iglesia. Ésta posee realmente el poder de la resurrección que transforma el pan y el vino y opera con una actividad ministerial, sometida a la acción divina. “La consagración eucarística es el acto

<sup>64</sup> “Así pues, la iglesia pide sobre las ofensas la venida del Espíritu, para que se realice la parusía eucarística [...] El Espíritu cambia el pan y el vino en la acción poderosa por la que vivifica a Cristo. La resurrección de Jesús es la gran fiesta del Espíritu en el mundo, tan solemne que –según dice el evangelio de Juan– es incluso la única, ya que antes de ella «aún no había Espíritu» (Jn 7, 39) [...] Esta única efusión de plenitud es el punto de donde brotan todas las demás, diversificadas hasta el infinito, gracias a las cuales los hombres «resucitan con Cristo» (DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 79).

<sup>65</sup> DURRWELL, *L'Eucharistie, présence du Christ*, 45-46.

<sup>66</sup> “Une présence du Christ en ce monde, présence réelle sous d'autres espèces, ne peut se réaliser que dans l'Église qui seule est, par tous ses fidèles qui confessent le nom de Jésus, le corps du Christ. L'Écriture ne connaît pas en dehors de l'Église une présence visible de l'eschatologie dans le monde. Or l'eucharistie se situe au cœur de cette sacramentalité de l'Église; elle est strictement liée à l'Église dont elle est le repas, et ne peut être célébrée ailleurs qu'à l'intérieur de l'Église. A personne d'autre le Christ ne fait don de son corps sinon à son unique Épouse. Il n'y a pas d'eucharistie où n'est pas l'Église” (DURRWELL, *L'Eucharistie, présence du Christ*, 46).

típico del ministerio apostólico. En ella se manifiesta el sentido de la evangelización, en la que el mismo Cristo habla por medio de la iglesia y se hace presente a los hombres”.<sup>67</sup> Por tanto la Eucaristía, en la cual el Señor se hace presente en la palabra de la Iglesia, es cumbre de la evangelización, como lo veremos en la segunda parte, al examinar la expansión del misterio pascual.

### 3.2. *El modo de la presencia del misterio pascual*

Hemos seguido a nuestro autor en la consideración de la presencia de Cristo en su misterio pascual como centro y principio de interpretación de la Eucaristía, desde su origen en la operación trinitaria y en el ámbito de la Iglesia donde se celebra, en la cual la Iglesia vive y se desarrolla. A continuación, siempre a partir de la pascua del Señor y en íntima relación con la Iglesia, veremos de qué modo se realiza la misteriosa transformación por la cual Jesucristo se hace realmente presente en el pan y el vino eucarísticos.

La presencia del Cristo glorioso en este mundo se realiza según la ley del misterio pascual. Por eso se trata de una presencia en cuanto plenitud, presencia real y a la vez interior a la creación.<sup>68</sup> Como el misterio escatológico que es en sí mismo parusíaco, pues coincide con el envío de Cristo al corazón del mundo. Por eso el Señor, al apoderarse de unas realidades mundanas como son el pan y el vino para llegar a tener una presencia más intensa y total, actúa sobre ellas con su potencia escatológica. Llama a la criatura hacia la cumbre de sí misma, conduciéndola a una comunión total con Él.<sup>69</sup> Es un movimiento de interiorización y de plenitud.

Así pues, si Cristo se apodera de unas realidades del mundo terreno –el pan, el vino– a fin de tener una presencia más intensa y total, actúa sobre ellas según el señorío que le es propio, según su modo de presencia en el mundo, es decir, como plenitud en la que todo

<sup>67</sup> DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 84.

<sup>68</sup> “Esta presencia es real, ya que el mundo tiene sus raíces en su porvenir, en la cima hacia la cual ha sido llamado, en el Cristo que es su plenitud [...] La iglesia sobre todo existe en Cristo y por su llamada hacia él” (DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 86).

<sup>69</sup> “El pan y el vino, como todas las realidades de este mundo, tienen en la plenitud futura las raíces de su ser. No entran en contradicción consigo cuando son eucarísticos, sino que se «convierten» en una verdad que les es propia, pero en una superación total. Se cambian, robustecidos, en sus mismas raíces, hasta el punto de que pasan a ser el «pan verdadero», el «vino del reino»” (DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 87).

tiene consistencia, hacia la que todo ha sido creado. *No viene desde fuera, ni entra dentro*. Cumbre suprema y centro del mundo, no estaba antes ausente; acentúa su presencia, la totaliza; toma lo que ya le pertenecía y hace que esa pertenencia sea total, creando más imperiosamente hacia él.

El poder que ejerce sobre estas realidades es aquel por el que todo subsiste, es aquel que posee en cuanto plenitud en la que todas las cosas se completan. Para hacer de ellas el sacramento de su presencia plena, no tiene que recurrir a ninguna violencia ni se introduce abusivamente en ellas; como no está ausente y como el *ésjaton* (la realidad plena y final) no altera nada en este mundo, no tiene que sustituir a ninguna otra cosa, no vacía a las cosas de sí mismas ni reemplaza a nada. *Su función es la de colmar, la de ser el cumplimiento último de todo*.<sup>70</sup>

La transformación eucarística es por tanto un fenómeno pascual, salvífico. “*Dios salva creando y transformando lo que ha creado y lo transforma supercreándolo [...] nada queda aniquilado cuando llega la salvación; todo queda salvado, por el hecho de que todo queda enriquecido, sobrecargado de ser*”.<sup>71</sup> Lo mismo que sucede en la resurrección de Jesús, donde el hombre Jesús no queda eliminado, sino que resucita en la perfección supereminente de su ser humano. Así también la Eucaristía es pascual. “La consagración es una pascua para el pan y para el vino, que no sufren ninguna pérdida, sino que pasan a su perfección suprema, totalmente inesperada. Son asumidas plenamente en la plenitud de Cristo, en la que ya tenían su consistencia”.<sup>72</sup>

Podemos considerar aquí otra realidad terrestre que también es transformada en cuerpo de Cristo. Se trata, como nos enseña la Escritura, de la Iglesia, cuyos miembros son hechos cuerpo de Cristo, asumidos en el mismo ser de Cristo, pero sin ser despojados de su identidad, de su personalidad.<sup>73</sup> “Entre las dos transformaciones, la

<sup>70</sup> DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 87.

<sup>71</sup> DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 88.

<sup>72</sup> DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 88.

<sup>73</sup> “Outre la «conversion» eucharistique, l'Écriture connaît une autre réalité terrestre transformée au corps du Christ: l'ensemble des fidèles qui, par la sanctification de l'Esprit, deviennent, eux aussi, le corps du Christ. L'exégèse actuelle reconnaît le réalisme de la conception paulinienne d'une Église vrai corps du Christ [...] Or la grâce de l'Esprit transforme les fidèles au corps du Christ sans les dépouiller de leur identité première. Elle les assume dans la personne du Christ au point que l'Apôtre peut dire: «Le Christ vit en moi» (Ga 2,

de la comunidad y la del pan, reina una impresionante analogía”.<sup>74</sup> Por eso tanto la Eucaristía como la Iglesia se explican por su relación única, inmediata y absoluta con la escatología.<sup>75</sup> Y ambas son transformadas al cambiar su relación con el Cristo escatológico.

La transformación del pan, del vino, del banquete terreno, de la asamblea terrena, se entiende *como una modificación de la relación con aquel que es la sustancia profunda de todas las cosas*: esa relación se hace ahora inmediata y absoluta. En este mundo en el que todo ha sido creado en la llamada hacia la plenitud, el pan y el vino quedan escatologizados por una llamada creadora privilegiada, por la que subsisten en Cristo de una manera única, del mismo modo que el cristiano está llamado por una vocación privilegiada a la «comunidad con el Hijo» (1 Cor 1, 9) y subsiste en él: «Vosotros sois (existís) en Cristo» (1 Cor 1, 30) [...] Consagrados por el Espíritu, el pan y el vino son asumidos tan enteramente en aquel que es su plenitud final, mediante una reducción tan inmediata al centro, que Cristo se convierte en la *sub-stantia* total y, al alimentarse de la eucaristía, los cristianos se unen sin intermediario de ningún tipo con el cuerpo de Cristo.<sup>76</sup>

Con estos datos teológicos como fundamento, el P. Durrwell intenta una explicación del cambio sustancial del pan y del vino, que podemos llamar transustanciación, aunque ya no en el sentido preciso de la escolástica, sino en un sentido más amplio, como los Padres griegos. Porque el cambio del pan y del vino es real, es sustancial, pero sin necesidad de disociar los “accidentes”: se convierten en todo

20); elle les assume dans l'être du Christ, au point que l'Apôtre peut dire: «Vous êtes dans le Christ» (1Co 1, 30). Le chrétien ne perd cependant pas sa personnalité, plus que jamais il est «le sujet» de sa vie: «Je vis dans la foi au Fils de Dieu» (Ga 2, 20). Les corps des fidèles sont des membres du Christ, mais ne cessent d'être leurs corps à eux: «Vos corps sont des membres du Christ» (1 Co 6, 15)» (DURRWELL, *L'Eucharistie, présence du Christ*, 50-51).

<sup>74</sup> DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 89. Esta afirmación la confirma con varios testimonios de los Padres.

<sup>75</sup> “L'eucharistie est appelée du même nom que l'Église: «Ceci est mon corps livré; ce calice est la *Nouvelle Institution*» —«l'Église qui est son corps», qui est «la *Nouvelle Institution*, la Jérusalem d'en-haut». Il semble bien que l'eucharistie doit être expliquée comme l'Église: par un rapport unique, immédiat et absolu à l'escatologie; que la transformation du pain et du vin est à comprendre comme une modification de leur relation à celui qui de toute chose est la substance profonde” (DURRWELL, *L'Eucharistie, présence du Christ*, 56).

<sup>76</sup> DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 94.

su ser en visibilidad del Cristo pascual.<sup>77</sup> Conversión que consiste, como veíamos, en un cambio de relación de los elementos del sacramento con la plenitud escatológica que es este Cristo pascual. Y donde la modificación de la relación es sustancial.<sup>78</sup> De modo que se establece así una relación que es única en nuestra realidad presente.<sup>79</sup>

Como consecuencia, podemos hablar, como San Agustín, del pan que está sobre el altar, siempre y cuando digamos también que ese pan es el cuerpo de Cristo. Para los criterios humanos de conocimiento, sigue siendo pan, pero el creyente, que percibe la realidad entera puede afirmar “este es el cuerpo de Cristo”: “No se dirá que el Señor está presente bajo la forma, el color, el sabor [...] propios del pan y del vino; *ellos mismos se han transformado en las apariencias de la presencia de Cristo*; una presencia «bajo las especies del pan y del vino»”.<sup>80</sup>

Y por otra parte, el pan y el cuerpo del Señor no son dos realidades autónomas que subsisten en sí mismas. “El pan eucarístico no es *además* el cuerpo de Cristo, él es en sí mismo presencia y don de este cuerpo. La concentración total sobre la escatología no agrega una realidad nueva a otra realidad preexistente”.<sup>81</sup> Como sucede con la Iglesia, que no está constituida por hombres y además por el cuerpo de Cristo, sino que ella es cuerpo de Cristo en todos sus miembros,

<sup>77</sup> “Este cambio es real, sustancial, pero la teología no tiene ninguna necesidad de subutilizar, de disociar «los accidentes» que permanecen y la realidad de los elementos que se evapora. *El pan y el vino se convierten con todo su ser en la visibilidad del Cristo pascual*, en la tangencia inmediata de la escatología con el mundo, en la aparición de aquel que es en sí mismo invisible con la iglesia terrena; una presencia no ya «bajo los accidentes» del pan y del vino, sino «bajo las apariencias del pan y del vino», en conformidad con la expresión del concilio de Trento” (DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 94-95; cfr. DS 884).

<sup>78</sup> El autor ilustra esta afirmación con el ejemplo de la encarnación: “entre el ser humano de Jesús y el de los demás hombres hay una diferencia esencial, la de la relación única del hombre Jesús con su Dios y Padre” (DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 95).

<sup>79</sup> “Mais, du moins en notre temps, unique est la relation du pain eucharistique à ce terme final, le Christ de gloire; seul il est *sanctifié dans l'Esprit par une totale concentration sur le Christ*, assumé dans l'*eschaton* en une telle proximité que le Christ en devient la *sub-stantia* immédiate, la réalité profonde de ce pain en laquelle il subsiste” (DURRWELL, *L'Eucharistie, présence du Christ*, 56).

<sup>80</sup> DURRWELL, *L'Eucharistie, présence du Christ*, 57.

<sup>81</sup> DURRWELL, *L'Eucharistie, présence du Christ*, 58.

bro, en todos los fieles. Así el pan es sacramento de la presencia que realiza realmente la comunión.<sup>82</sup>

Por último podemos decir que esta presencia del Señor es duradera, no se limita al momento de la celebración. Porque no depende del simbolismo de la comida, sino que es la parusia la que determina este simbolismo y les da al pan y al vino su significado eucarístico. “Esta presencia, ciertamente, no es estática; es una presencia de donación, y está ligada a los signos que expresan esta donación. Pero el pan puesto sobre la mesa de la Iglesia es ya este gesto y su signo”.<sup>83</sup>

La presencia eucarística se revela en ella [en la fe] y se manifiesta como duradera. La reflexión teológica confirma esta intuición de la fe. La venida de Cristo es de una libertad soberana, independiente de toda interpretación para dar un sentido; la fe que comprende e interpreta va precedida y está producida por la venida. Cristo se apodera de esos alimentos y los convierte en el sacramento permanente de la donación eterna de sí mismo a la iglesia [...] Porque puesto allí, sobre la mesa de la iglesia, ese pan es en sí mismo un gesto de donación y no por una intención añadida; es un gesto de una conmovedora evidencia que invita a la esposa a acercarse, a «tomar y comer», cada vez que ella sienta el deseo de sentirse con su amado.<sup>84</sup>

Una permanencia no sólo de la presencia sino también del sacrificio, que se afirma igualmente como real. “El pan en la mesa de la iglesia sigue siendo continuamente el Cristo en su muerte por la iglesia y en su nacimiento por ella, para que ella pueda encontrarse con él siempre que quiera en la cita de sus esponsales y de su salvación”.<sup>85</sup> Y como está presente para donarse, una vez consumido, el Señor no desaparece sino que su presencia se traspone al fiel, no como una especie de tabernáculo viviente, sino a través de la acción transformadora que juega en él: desde ahora queda consagrado en el Espíritu y así se hace sacramento de la presencia de Cristo en el mundo. “La eucaristía transforma a la Iglesia siempre más en lo que ella

<sup>82</sup> “C'est ainsi que l'Église n'est pas constituée par des hommes et par le corps du Christ: elle est en tous ses fidèles le corps même du Christ. La présence du Christ n'est donc pas médiatisée par le pain; celui-ci ne fait pas écran à la rencontre et à la communion, il en est le sacrament, il les réalise” (DURRWELL, *L'Eucharistie, présence du Christ*, 58-59).

<sup>83</sup> DURRWELL, *L'Eucharistie, présence du Christ*, 66.

<sup>84</sup> DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 106.

<sup>85</sup> DURRWELL, *La eucaristía, sacramento pascual*, 106.

ya es por la fe y el bautismo: Esposa de Cristo, su propio cuerpo en el mundo (cfr. 1 Cor 10, 17).<sup>86</sup>

De este modo completamos este primer trabajo en el cual, tomando como punto de partida y también como hilo conductor el misterio pascual, hemos visto cómo encuentran en él su origen la Iglesia, cuerpo de Cristo y la Eucaristía, culmen del organismo sacramental. A través de estos medios de comunión el Señor resucitado viene a nosotros, se nos hace presente y nos comunica la vida y salvación. Más aún, somos transformados en Él, como sus miembros, mientras el pan y el vino son transformados en su presencia, atraídos a su plenitud escatológica.<sup>87</sup> Y en la línea de nuestra reflexión, hemos

<sup>86</sup> “Nulle raison de témoigner un culte d’adoration à une eucharistie qui prolongerait quelque temps encore son existence dans le corps du communiant. Celui-ci ne deviente ni ciboire ni tabernacle: il est désormais consacré lui-même dans l’Esprit-Saint; assumé dans son Seigneur, il devient à son tour sacrement de la présence pascuale du Christ au monde. L’eucharistie transforme l’Église toujours davantage en ce qu’elle est déjà par la foi et le baptême: l’Épouse du Christ, son propre corps dans le monde: «Parce qu’il y a un pain, nous sommes tous un corps, nous tous qui mangeons ce pain» (1 Cor 10, 17)” (DURRWELL, *L’Eucharistie, présence du Christ*, 67).

<sup>87</sup> La explicación que hace Durrwell del cambio sustancial ha sido recibida en modo diverso. Una breve revisión de los comentarios a su libro *L’Eucharistie, sacrement pascal* nos lo demuestra. Para algunos es una explicación coherente con los demás misterios cristianos: “[...] esta explicación de la conversión eucarística. Me resulta mucho más coherente con mi visión teológica de los demás misterios cristianos” (F. OZ. DE URTARAN, *Lumen* [V] 31 [1982] 473), en la línea de transformación de todo el cosmos y la realidad hacia la escatología: “Se presenta la eucaristía como una realidad escatologizada, como una recreación que lleva a su plenitud lo escatológico, sin eliminar la dinámica de los signos que asume” (J. A. ESTRADA, *Estudios Eclesiásticos* 57 [1982] 350); así también A. VILLALMONTE, *Naturaleza y Gracia* 29 (1982) 445: “La transformación de los elementos materiales [...] se comprende mejor si se la mira como anticipo de la transformación escatológica que ha de sufrir la creación entera: el cosmos y la humanidad, al irse cumpliendo la Resurrección del Señor en su Cuerpo que es la Humanidad y el cosmos todo”. Para otros las fórmulas resultan ambiguas: “Le P. D., dans le louable souci de rendre la doctrine plus compréhensible à des lecteurs modernes, a parfois des formules ambiguës, qui risquent d’égarer plus qu’elles n’éclairent” (L. RENWART, *Nouvelle Revue Théologique* 102 [1980] 929) o no termina de explicar cómo se hace el cambio ni el modo de la presencia, cfr. J. LLIMONA, *Estudios Franciscanos* 85 (1984) 282. Quizás la crítica más seria es la de caer en un cierto “realismo ingenuo”, por no dar lugar a una mayor reflexión filosófica: “Egli non riesce però a liberarsi da un certo «realismo ingenuo», per cui il livello empirico di conoscenza è immediatamente il livello dell’essere [...] Queste incertezze

señalado continuamente los puntos de intersección entre estas dos realidades, que se comprenden mutuamente a la vez que son iluminadas ambas por el resplandor extraordinario del misterio de la pascua, misterio de la fe y de nuestra salvación.

potrebbero essere evitate, senza danneggiare l’impianto generale del lavoro, se l’A. accordasse un po’più di spazio a una riflessione filosofica che aiutasse a dare al realismo delle affermazioni di fede una fondazione critica” (E. CATTANEO, *Rassegna di Teologia* 22 [1981] 169). Pero ciertamente todos reconocen la coherencia interna de su pensamiento y la originalidad de la explicación. Y actualmente se lo cita como uno de los modos de explicar la presencia sustancial de Cristo en la Eucaristía. Así en manuales como: M. ARIAS REYERO, *Eucaristía. Presencia del señor*, Bogotá, CELAM, 1997, 332 (señalando sus límites); J. ALDAZÁBAL, *La Eucaristía*, Barcelona, CPL, 1999, 323.330; D. BOROBIO, *Eucaristía*, Madrid, BAC, 2000, 309-310.